

cesto de los papeles o a la basura un pequeño papel informativo que un libro, generalmente guardado en los estantes de una librería, independientemente de lo que aquél contenga. En último caso, ese volumen o se cede o se vende, pero no se destruye o se deteriora fácilmente como ha ocurrido en el caso de los pliegos de cordel o de las aucas, que a pesar de su posible mayor difusión inicial acaban siendo pasto, como los soldados de esa curiosa milicia, de la fosa común del olvido.

Aquí trataré de rescatar de dicho limbo literario a aquellos textos que, dentro de la parcela taurina, pueden ser de interés o curiosidad, pues es obvio que ese campo es uno de los innumerables temas que fueron objeto de incorporación a esos sencillos escritos, destinados a un público popular que por su escasa cultura, pensemos en el analfabetismo existente en España en el siglo XIX y hasta parte del XX, pues hacia 1900 alcanzaba ese déficit de conocimiento aproximadamente al 64 % de la población adulta española, y también por sus magros recursos económicos, no podía acceder a la adquisición de un libro, en tanto sus dineros debían ser dedicados a la mera subsistencia, aparte de que debe remarcarse también que principalmente era el infantil el grupo que se deleitaba con la información que dispensaban las aleluyas o aucas, así llamadas en Cataluña y Valencia, singularmente por las viñetas ilustradas que contienen, que pueden ser consideradas como remotas precursoras o avanzadillas de los tebeos o actuales comics.

En definitiva, el presente trabajo lo dividiré en dos parcelas, la que encaja en la llamada generalmente “literatura de cordel”, conforme el término acuñado con acierto por el antropólogo Julio Caro Baroja, y la circunscrita al género de los pliegos de aleluyas. Ciertamente, no desconocemos que dicha clasificación puede resultar un tanto esquemática y porqué no, breve, pues el título inicial de este pequeño ensayo podría dar pie a que bajo dicho manto se albergaran otras manifestaciones literarias de orden taurino. Pensemos en las relaciones de fiestas, en los romances de los siglos XVII y XVIII, y como no, en los papeles sueltos que contienen algún género de información taurina, caso de las cartas tauromáquicas, tan abundantes en la segunda mitad del siglo XIX. Pero aquellas, a diferencia de estas últimas, entiendo carecen de un estudio más o menos sistemático, pues tanto Jenaro Alenda respecto las relaciones, como muy recientemente Antonio Castillo acerca de las citadas cartas, estimo que han realizado una investigación lo suficientemente exhaustiva como para que aquí se les enmiende la plana.

Pliegos de cordel

Cuando hablamos de pliegos de cordel viene al pensamiento, sin solución de continuidad, la expresión “romances de ciego”, pues antiguamente eran los invidentes los encargados de transmitir oralmente el contenido del suceso impreso en aquellos papeles, aunque más tarde esa figura recitadora es ya sustituida por el vendedor callejero, no necesariamente carente del sentido de la vista.

Es sabido que estos pliegos son cuadernillos de pocas hojas, cuya extensión varía según la obra. En su origen fueron un pliego, esto es, una hoja doblada dos veces para formar ocho páginas, aunque los más abundantes, los que hemos manejado, ordinariamente tienen solo cuatro, a pesar de que llegaron a alcanzar ocasionalmente hasta treinta y dos páginas. Son hojas de coste mínimo, evidentemente sin encuadernar, pues en ese caso su adquisición ya sería más gravosa, destinadas al consumo rápido y por ello generalmente destruidas tras su lectura, pues su fugacidad se puede equiparar a la del periódico. Porque estos últimos, a pesar de tratarse ya de un impreso de mayor tamaño, o precisamente por esto, son lanzados al contenedor de papeles para su reciclaje o son aprovechados para las finalidades más extravagantes, como desde envolver objetos a servir de combustible para encender una chimenea, o incluso, esto se va abandonado paulatinamente, vendidos a peso al trapero.

¿Y dónde se adquirirían? Pues como pasa con los diarios actuales, en las esquinas de ciudades y pueblos, ya que como obra de carácter popular su venta se hacía en puestos donde se hallaban colgados en cuerdas colocadas horizontalmente. Al hilo de esto, todavía recordamos haber visto kioscos de prensa y revistas donde se mostraban, sujetos por una pinza a un cordel, distintas publicaciones de corte popular, como cancioneros, novelas rosas, etc., géneros cuyos destinatarios eran, salvando las distancias temporales, los mismos que en su momento eran los beneficiarios de la temática que aquí nos ocupa, en resumen gentes a las que nunca se les ocurriría entrar en una librería, lugar reservado entonces a las personas con formación intelectual, o que por vivir en lugares alejados de los principales centros urbanos les resultaba complicado acceder a otros bienes culturales distintos. Aparte de los sitios aludidos, también establecimientos como librerías, cafés, herboristerías, cacharrerías, etc., eran puntos de venta de

dicha literatura de cordel, al igual que, como más adelante veremos, ocurría con los pliegos de aleluyas.

Los pliegos de cordel, que desde el siglo XVI hasta bien entrado el siglo XIX fueron vehículo transmisor de romances vulgares, y cuyos autores eran iletrados en la mayor parte de las ocasiones, dato deducible por lo deficiente de la construcción de las historias que en ellos se relataban, estaban acompañados de grabados (en la primera mitad del siglo XX a veces están encabezados por fotografías de la persona aludida, por ejemplo, el torero), ilustraciones que servían una y otra vez para diferentes historias, y así se aminoraba el coste de la edición. La temática general de aquellos era de lo más variopinta: asuntos religiosos, de cautivos y bandoleros, historias domésticas y amorosas, en las que el engaño era el común denominador de muchas de estas, también de tipo satírico, horriblos crímenes, acontecimientos políticos, etc., y por lo que se refiere a nuestro apartado, preferentemente se destinaba a narrar un suceso luctuoso, como era la muerte de un torero en el ejercicio de su arriesgada profesión, y ejemplo de esto lo tenemos no ya respecto matadores muy conocidos, caso de *Pepe-Illo*, *El Espartero*, *Joselito el Gallo* o Manuel Granero, estos dos últimos ya en el siglo XX, sino en espadas con menor popularidad o significación, como es el caso de *Gavira* o *Carratalá*, aunque también se recogían en sus páginas canciones o pasodobles dedicados a los más encopetados lidiadores. Al respecto de la muerte, merece ser destacado que en el año 1964 se publicó por la editorial Taurus, cómo no, una completa antología de pliegos y romances, a cargo de Bonifacio Gil, llamada precisamente “Muertes de toreros en el romancero popular”, y en cuyas páginas se recogía una cincuentena larga de dichas composiciones, transcritas unas a partir de textos impresos, y las otras dictadas verbalmente por personas de avanzada edad, que guardaban en su memoria esos cantares aprendidos muchos años atrás. A alguno de estos romances aludiré más adelante.

Verdaderamente, los pliegos de cordel, a pesar de describir en multitud de ocasiones historias de violencia o feroces venganzas, siempre estaban impregnados o fundados en un modelo de sociedad ideal basada en los principios religiosos tradicionales de la Iglesia católica, procurando ser para el lector una escuela de buenas costumbres, pues el final de la esposa adúltera o del ladrón era de lo más desastroso, de ahí que constituían un eficaz antídoto contra los vicios que se entendían más reprobables por aquella institución.